

cañones para que se hiciera la salva de ordenanza á los Supremos Poderes.

En esa virtud las piezas de artillería entraron á la plaza y las tropas acamparon fuera de Monterrey.

Juárez y sus ministros seguían avanzando con todo su séquito, y en Santa Catarina se encontraron con las tropas y luego con Doblado, quien dijo al Presidente:

—Vidaurri es hostil al Supremo Gobierno.

—¿Pues qué ha pasado? preguntó don Benito.

—En primer lugar, está parapetado en la Ciudadela; en segundo lugar, ha dicho que no dejará que se acuartelen allí nuestras tropas, y en tercer lugar, acabo de saber que se ha apoderado de nuestra artillería, llevándosela para la Ciudadela.

Todos comprendieron que se había caído allí en una ratonera.

—¿Qué hacemos? preguntaron los ministros.

—Vamos adelante, contestó don Benito.

Doblado opuso algunas dificultades; pero el Presidente dijo con energía:

—Está ya anunciado que el Gobierno se establezca en Monterrey, y aunque no sea más que por una hora, aunque acabemos allí todos de una vez, debemos proceder con entereza. Nos ampara la ley: sigamos adelante.

Y siguieron todos adelante.

El día 12 de Febrero, á las once de la mañana, hizo su entrada el Gobierno en medio de una fuerte lluvia; pero no obstante el mal tiempo, las calles se llenaron de gente y el Presidente fué victoreado.

El Ayuntamiento hizo los honores con alguna timidez, porque no podía prever quién se quedaría dueño del campo.

Los Supremos Poderes pasaron allí tres días muy angustiosos, esperando que de un momento á otro se rompieran las hostilidades, ya porque Vidaurri se negaba á salir de la Ciudadela para prestarse á una entrevista, ya porque recibía grandes refuerzos y hacía sin cesar preparativos de combate.

En ciertos momentos se tuvo la idea de atacarlo en sus posiciones, con la esperanza de que sus tropas no harían fuego sobre las del Gobierno; pero Doblado manifestó que no podía batirlo sin artillería.

Vidaurri, por último, mandó hacer la proposición de que se retiraran las fuerzas de Doblado, quedándose el Gobierno bajo la salvaguardia de las suyas y que entonces trataría.

No se le contestó, pero se ordenó la marcha de las tropas.

Estas salieron y se quedó solo el Gobierno en Monterrey preparándose también para partir.

Alguien dijo á Juárez:

—Es una imprudencia quedarse aquí en poder del enemigo.

—Que haga Vidaurri lo que quiera, contestó don Benito.

Lo que hizo Vidaurri fué bajar luego que se fueron las tropas y presentarse con una fuerte escolta al Gobierno.

—¿Qué es lo que usted desea pues? le preguntó Juárez.

Vidaurri, que ya estaba hasta la médula de los huesos comprometido con Bazaine, que soñaba con ser imperialista, masculló algunas palabras sin hilación.

Proponía vagamente que se disolviera aquel espan-

tajo de Gobierno para que terminara la guerra y los sacrificios que estaba haciendo la nación. Don Benito le volvió las espaldas y subió en su coche, siendo luego seguido por su comitiva sin que nadie se atreviera á molestarlo.

Allí estaba el Gobierno sin tropas, porque las de Doblado llevaban algunas horas de marcha, allí estaba en poder de Vidaurri, que no tenía que hacer otra cosa para terminar con todo, más que dar órdenes para apoderarse de aquellas gentes, la mayor parte sin armas; pero no osó dar ese paso de que mucho se arrepintió después, tuvo miedo y dejó que todos se fueran, llevando el natural desasosiego de que muy fácilmente allí, en el camino, de un momento á otro, podrían encontrar su tumba.

Cuando estaban á una legua de la ciudad sin verse perseguidos, empezaron á respirar.

El Gobierno se estableció otra vez en el Saltillo, Vidaurri hizo públicas sus relaciones con Bazaine y sus propósitos de filiarse en la traición, lo cual le enagenó todas las simpatías del pueblo fronterizo.

El Gobierno allegó elementos para combatirlo con éxito, y el 25 de Marzo al fin se vió obligado á escaparse con una escolta de trescientos hombres para ir á hacer el despreciable papel, que después lo veremos desempeñar, como servidor del archiduque Maximiliano.

Vidaurri tuvo dos buenos caminos que escoger: ó seguir resueltamente al Gobierno de Juárez como patriota y combatir por la independecia llenándose de laureles gloriosos, ó acabar en Monterrey en un momento con el Gobierno constitucional para hacer un mérito que le hubiera pagado regiamente la intervención; pero hombre de pocos alcances y de ningún empuje, no supo hacer otra cosa que llenarse



Quiroga cometió el desacato de mandar tirotear el carruaje del Presidente.

de lodo hasta el día en que recibió por la espalda cinco balazos como traidor, acabando su historia en un vergonzoso patíbulo.

Juárez volvió á Monterrey después de la huída de Vidaurri y allí estableció su gobierno, descansando ya un poco de tantas penalidades y disgustos, disgustos que llegaron á enfermarle á pesar de su naturaleza de hierro.

Desorganizados los buenos elementos de guerra que tenía Vidaurri en los Estados de la frontera, en donde pudieron haberse reunido más de cinco mil hombres de excelente tropa que hicieran frente al enemigo que seguía avanzando lentamente en todas direcciones con el propósito de destruir á un Gobierno que aparentaba despreciar la intervención, pero que le hacía muchas cosquillas, sembrada la desconfianza en los jefes y oficiales y habiendo cundido la desmoralización por las derrotas, Juárez no pudo ya sostenerse en los pueblos de la frontera todo el tiempo que se había imaginado; pero estuvo sin embargo allí hasta el 15 de Agosto, en que ya se vió materialmente rodeado de tropas enemigas.

El mismo general Quiroga que era de Vidaurri y se había sometido, tenía el virus de la traición en el seno, y cometió el desacato de mandar tirotear el carruaje del Presidente á la salida de Monterrey, llegando su audacia hasta seguirlo con sus hostilidades á Santa Catarina.

Era que ya venían aproximándose los franceses conducidos por los traidores, era que se encontraban á pocas jornadas de aquellas dos ciudades, y tanto fué así, que el Gobierno ya no pudo ir al Saltillo que fué ocupado por Castagny y tuvo que cortar terreno por lugares desierto, viéndose perseguido por una multitud de fuerzas que se le echaron encima, no contando ya á esas horas más que

con mil quinientos hombres muy desmoralizados, una vez que todo el grueso del ejército preparado para la defensa nacional se había extinguido en infaustas expediciones.

Enormes fueron los trabajos que tuvieron que sufrir el Presidente y sus compañeros recorriendo leguas y leguas, sin albergues, sin agua y sin alimentos, saliendo al fin al Estado de Durango, en donde continuó la persecución de los franceses, hasta que el Gobierno, después de que sus escasas tropas siguieron sufriendo varios descalabros, se estableció en Chihuahua el 12 de Octubre, para continuar más tarde su larga y trabajosa peregrinación á Paso del Norte, límite del territorio nacional por aquella frontera.

La intervención francesa traída por un grupo de traidores, se había adueñado pues de todo el país, la República era una sombra, y se veía flotar en los palacios y en todas partes, el pabellón triunfante de la monarquía.

Al mismo tiempo que Juárez andaba fugitivo, sin más elementos que su bandera constitucional, Maximiliano se sentaba en el trono de México sostenido por cincuenta mil bayonetas extranjeras y una media docena de testas coronadas.



CAPITULO LVI.

¡Sangre! ¡sangre! ¡sangre!

Los pueblos veracruzanos por donde el más canalla de los bandidos, Dupin, había paseado la desolación y el espanto cometiendo robos, asesinatos y tropelías sin número, se encontraban contentos de que aquel hubiera sido nombrado por Bazaine comandante militar y gobernador de Tamaulipas, con residencia en Tampico.

Los habitantes de Ozuluama habían vuelto á sus hogares, y entre otras familias la de don Miguel Flores, que era éste un anciano trabajador, pacífico y honrado á carta cabal, su esposa y sus hijas, estaban un día entregadas á la faena de arreglar sus piezas, cuyos muebles habían sido destrozados, ya reemplazados por otros que habían podido proporcionarse. Se encontraban las tres en la sala sacudiéndolos, y mientras que los sacudían tarareaban una canción, llenas de alegría.